

Vagalumbre

(Pseudónimo)

Espacios

“El alma está siempre habitada. Las almas no están enfermas cuando están habitadas, lo están cuando no son ya habitables. La enfermedad del mundo moderno es que las almas ya no son habitables, ¡y lo sufren!”

Pierre Klossowski

He abandonado lugares, tantos.

¿Qué son los lugares? Son espacios en que respira y desfallece la memoria. Oquedades abarrotadas, aberturas en que cabe siempre algo, recipientes. Se tiene lugar en un espacio, y todo lugar por fuerza lo redimensiona, lo dobla como hacia dentro sin disminuirlo, detallando su inmensidad, o lo aligera, dilatándolo fuera de sus márgenes. La memoria ya es un espacio, repleto de habidos y por haber.

He abandonado incontables lugares, pero ahí donde voy, cada vez, despierto espacio, cierro espacio, creo, destruyo, comprimo, asfixio, descubro, libero... Espacio: posibilidad primera y condición sin cuerpo de la materia bruta. Tiempo: furioso enmascarado, par incombustible del espacio, prestidigitador, demiurgo temible. Donde esos dos se traban algo queda envuelto, tal vez el vacío. Algo también se dispara, se enciende, como naciendo de entre nudos, desenrollándose.

Espacio, lugar, cosa, cuerpo: encrucijada.

¿Qué es un cuerpo? Es, visiblemente, aquello que ocupa un lugar. Su cualidad más noble: el abrazo. Es lugar ocupado, también, interno hasta la repugnancia; un nido de vísceras y penumbras, apenas tocado por la luz. Es territorio, un continente apretado hecho de succiones y eyecciones varias, un mecanismo húmedo, hambriento, caliente. Un cuerpo: un atamor complejísimo formado al calor de otro, y de otro, y de otro... transmutación de toda mezcla. Pretexto de la materia para volverse alguien. Nacimiento monstruoso del sujeto.

¿Qué es una persona? Un simulacro o nada. Antifaz y exclusión. Antes deberíamos preguntarnos qué no es, salir de su jurisdicción, reventarle la cara. Tras la máscara otra máscara y otra, y otra, hasta abrirse la última por el medio, como un portal, y entonces algo indecible absorbe, vertiginoso, algo que desde siempre repite en cada máscara lo que no tiene comienzo. Una persona no es todavía un alma y la supone, endurece una voz, una postura, se la quiere constante e indivisa, esclava de lo idéntico. No. Una persona es la puerta de un recinto sin techo, que vino con grutas incluidas, llena de pasillos y de vanos. Un alma es el doble inextenso de un espacio sin sitio, habitáculo abierto a todo lo sin peso. ¿Qué es lo íntimo? Eso que no encuentra lugar entre dos singulares pero está por todos lados, inconfesable.

Protrepis, Año 2, Número 4 (mayo - octubre 2013). www.protrepis.net

Desvelarse en las intimidades de superficie, faena de ociosos. Entrar en un lugar habitado, observar, atender con cuidado a lo minúsculo; inspirar, dejar entrar más que aire, sentir la luz con la memoria, ¿tocar o no tocar? palpar con la mirada, hacerse de piel hasta los bordes de lo visible, acariciar rincones sin moverse.

No existe con exactitud un adentro y un afuera. No hay -hablando con propiedad- distinción real entre ellos. Claro que podemos distinguirlos, pero eso no implica para nada una discontinuidad esencial. Si no ¿cómo sería posible que las cosas tuviesen esa vida que tienen de pronto, cuando nuestra imaginación centrífuga pareciera untarse a ellas, fundiéndolas consigo misma, preñándolas de significado y de valor cada vez distinto? ¿Cómo sería posible que nosotros llevásemos, por nuestra parte, la vida que llevamos, si de pronto ellas no se detuvieran en nosotros, aferrándose precisamente ahí donde más tenaz es el recuerdo o la costumbre, donde moran como criaturas espectrales? Esa compenetración, ese mutuo afectarse entre los pensamientos y las cosas, la plasticidad imaginaria del mundo, lo que tiene de presente el pasado en nosotros, desdibuja esa línea separante sobre la que andamos como ebrios de certeza.

Hemos convertido nuestra relación con las cosas en un fetiche ruin, en sucedáneo vulgar de otros intercambios más radiantes, más potentes. Decidimos que son ellas, las cosas, las que radican fuera y son visibles, tocables, rompibles, transportables, extraviables, arrojables, valiosas, asibles; dignas o no de ser defendidas o despreciadas con ferocidad. Nos adherimos a ellas llenos de complacencia, de entusiasmo. O se adhieren ellas a nosotros por una suerte de consentimiento o de parasitaje. En fin, no quiero seguir más en esto, ya me suena a pura queja. La cuestión que resalto es: no hay límite capaz de mantenerse intacto entre lo que somos, o creemos ser, y aquello que, supuestamente, no somos: eso que se derruye o caduca o se pierde o se rompe sin remedio, y que tan pronto sustituimos por otro 'eso', otro 'algo', otra 'cosa'.

Aún no sé con exactitud dónde llevo los lugares que conservo. No sé dónde los he metido, ni en qué lugar habitan, ni si hay realmente algo como un "lugar" o un "dónde" en que subsistan a la trituración del tiempo. Usualmente no retengo tantos detalles de esos lugares. Por regla general, olvido mucho de lo que recuerdo y recuerdo vagamente mucho. De lo más vivo de mi recuerdo compongo algo impreciso: lo quiero, por defecto, bello a toda costa, dolorosamente bello, violentamente bello de ser posible. Se mezclan a este afán la impotencia escópica de la memoria, que siempre rellena ausencias y oscuros; y la desesperación de vivir idéntico a algo, a lo que suelo emparejar a una cierta idea de mí mismo, de las experiencias tenidas y vividas, de lo dicho y de lo callado. Siempre acabo por darme cuenta, con sólo pararme unos segundos a pensarlo, que ese "dónde" *tiene lugar* allí donde pienso o recuerdo. No antes, ni después, ni allá, ni lejos. Es decir, que siempre se me ofrece en el preciso instante en que acontece mi memoria, mi mente, mi ensueño, mi

mejor ilusión o la peor. Es, de la memoria, “su modo propio de querer morir” (Deleuze¹). Estallar o contraerse. Instante fragmentario e indefinible.

Una y otra vez se vuelve contra nosotros esa evidencia de no saber nunca DÓNDE. Dónde los pensamientos, dónde las cosas, dónde los sueños y las alucinaciones, dónde la libertad, o la belleza, o la imaginación... Muchos han intentado responder a la pregunta por ese “dónde”, y rodando su carga como tristes Sísifos, han atravesado los valles y los montes del saber. Los ecos de su cantinela siguen propagándose por entre las bocas de la gente, como gárgaras necias de opiniones, cuando menos, dudosas.

¿Dónde es afuera y dónde dentro? ¿Qué es lo mismo y que es otra cosa? La división está siempre escapando a toda determinación absoluta de su ámbito. Como el horizonte, como el presente, como el aquí, como la noche, la frontera que aísla el dentro del fuera y viceversa, es una frontera nómada que cambia de sitio justo cuando la perspectiva se riza y nuestro punto de vista cambia. «Estoy “dentro” de “mí” “cabeza”»... decimos señalando la ocurrencia de nuestros pensamientos. Curioso enunciado que consiste en pura metáfora. Estoy dentro de la casa, pero estoy fuera de la computadora, dentro de la cual estoy virtual o parcialmente, o dentro de la cual hay una imagen irregular que cualquiera podría considerar sólida, suficiente para comportarse como si ésta fuera una calca fiel de este que soy aquí, fuera, en este preciso momento. Estoy dentro de la casa y la casa es un adentro de un vecindario, que no tiene límites salvo los impuestos por la demarcación urbana o por su clima social, su estándar, su nivel.

Hay dentro y fuera, mas no existe dentro y fuera. Mejor dicho: porque existimos, porque estamos como situados fuera (ex-sistere), tiene sentido distinguir entre adentro y afuera. Podríamos decir incluso que estamos siempre fuera o siempre dentro y ambas afirmaciones serían -para nuestra sorpresa- igualmente válidas, aunque paradójicas. Nuestra existencia está poseída por esta obsesión.

Afuera las cosas con sus nombres, a cada cosa el suyo. La imagen que queda de ellas conmigo, la impregnación recíproca y simultánea entre ‘eso’ y ‘yo’. Dentro yo, mi nombre que reclamo y que me resulta extraño pronunciar más de una vez. ‘Yo’, atestado de cosas, pensamientos, afectos, reverses, virtualidades, ficciones. Mi ‘yo’ tan atropellado, que nunca satisface un solo nombre, que tiene a veces tantos, que resuena en su galería infinita como un eco de multitudes. Mi alma es un hogar sin decorado fijo, lleno de intempestivos espíritus y bestias, crucero de numerosos visitantes. Es, para mi suerte, un misterio.

¹ Deleuze, Gilles. *Lógica del sentido*. Paidós, 2005, pág. 199: «Es su propio modo de querer morir. Se trata pues, otra vez, de un presente aterrador, desmesurado, que esquivo y subvierte al otro, al buen presente».